

REFLEXIONES SOBRE EL MONARCA CARLOS III

CONTINUIDAD O REFORMISMO:

(1665-1808)

Sagrario Alijarcio López.

Documentalista de ANTIGUORINCON.COM



¿SE PUEDE CONSIDERAR AL REINADO DE CARLOS III COMO UN REINADO REFORMISTA E ILUSTRADO?

El 20 de enero de 1716 nació en el Real Alcázar de Madrid el infante don Carlos, hijo primogénito de Felipe V y de su segunda esposa, Isabel de Farnesio, quien le llamó siempre “Carletto” como cariñosa referencia a su origen parmesano. Contra todo pronóstico, ante la falta de descendencia de su hermanastro Fernando VI, se convertiría en Carlos III de España en 1759. Tendría un reinado largo, denso y fructífero que ha sido objeto de numerosos estudios en casi todas las épocas posteriores, de modo que existen valoraciones diversas del personaje y de su época, algunas de ellas faltas de rigor, alteradas por justificaciones ideológicas o emociones patrióticas.

Entre las tres corrientes de opinión más extendidas, la primera sería la de los tradicionalistas representados por Menéndez Pelayo, que acusan al monarca de haber seguido una política extranjerizante e incluso anticatólica que conllevó una pérdida de la identidad netamente española que se había ido fraguando desde los reyes godos. Esta línea apenas tuvo repercusión y no ha sido sostenida por historiadores posteriores. En una segunda interpretación, liberales y reformistas han sido siempre defensores del reinado de Carlos III, un ejemplo de la regeneración que España necesitaba para alcanzar la modernidad y salir del retraso que la separaba de otros países. La tercera valoración, en la línea del materialismo histórico, es más crítica; considera que se puso más empeño en conservar las estructuras tradicionales de la sociedad, que en lograr la transformación que hubiera sido necesaria para erradicar el sistema tardofeudal imperante en España, de modo que se habló mucho de reformas y cambios, pero se hizo poco al respecto. Entre estas tres líneas de pensamiento, la segunda de ellas es la más difundida y aceptada en la actualidad.

Duque de Parma entre 1731 y 1734, Rey de Nápoles entre 1734 y 1759, y Rey de España desde 1759 hasta su muerte en 1788, Carlos III llegaba de Nápoles preparado en la tarea de reinar y no desconocía los principales problemas españoles, por lo que experiencia y veteranía se conjugaron con el legado de mejoras que ya habían iniciado sus dos predecesores. En un momento en que Europa se debatía entre el inmovilismo de las monarquías y la Ilustración, **Carlos III inició una amplia reforma** que condujo a un cambio contenido, sin alterar el sistema pero paliando algunas deficiencias que permitieron, con fracasos y limitaciones, una mejoría en el interior del país. Su programa de reformas ya estaba trazado desde antes de llegar a España, e implicaban reforzar el poder de un Estado centralizado, empezando por el del propio monarca, conseguir un mayor crecimiento económico, apoyar la renovación cultural y científica y conservar los territorios americanos a la vez que se potenciaba su comercio. No pretendía, sin embargo, alterar la esencia jerárquica del sistema social, considerado aceptable, pero sí lograr que sus súbditos tuvieran una mejor calidad de vida. Para tener éxito en hacer triunfar las Luces y llevar a cabo la necesaria reforma de España, era necesario, en palabras del profesor Roberto Fernández, “*acudir sin complejos al Absolutismo*”. La profunda religiosidad del rey no fue obstáculo para su fuerte regalismo, al considerar que, puesto que Dios había puesto en sus manos el destino de la Monarquía, en el ámbito de lo temporal era el único al que la totalidad de los súbditos debían obediencia, incluidos los eclesiásticos. Carlos III estaba firmemente convencido de que el oficio de rey consistía, ante todo, en engrandecer su dinastía y mejorar la vida de su pueblo, si bien como monarca absoluto, no contó demasiado con éste para dirigir las reformas, sino que eran los poderes del Estado, con el rey al frente, quienes mediante la formulación de proyectos, la promulgación de leyes y la disposición de dinero, los encargados de efectuarlas.

Carlos III no poseía un gran talento político, pero lo suplió a base de voluntad y dedicación y a una acertada elección de colaboradores: Esquilache, Campomanes, Aranda, Floridablanca u Olavide fueron los más destacados. Fue un ejemplo de rey del absolutismo ilustrado, consiguiendo conciliar ambos conceptos y

llevando adelante los proyectos de reformas tan lejos como pudo, pero sin destruir el orden existente. Se movió en un término medio, entre tradición y renovación, en un momento histórico decisivo, pues apenas unos meses después de su muerte en diciembre de 1788 daría comienzo en Francia la Revolución que acabaría con el Antiguo Régimen.

La **Ilustración** en Europa fue un complejo proceso que sacudió los pilares de la sociedad debido al choque entre los nuevos principios y valores que buscaban imponerse y las antiguas creencias heredadas. Provocó un dinamismo social sin precedentes y transformaciones profundas en aras del progreso. No existió una única Ilustración, sino que cada país vivió la suya. Carlos III, el monarca por excelencia de la Ilustración en España nunca fue un intelectual, ni un gran estudioso, ni un gran lector. Afirmaba considerarse “antes Carlos que rey” y partiendo de esta matización, podría decirse que Carlos no era un hombre ilustrado, pero sí lo fue el rey. Aunque su gran afición fue la caza, mostró un decidido apoyo a las nuevas ideas y a los hombres que las encarnaron, siendo su reinado el que más contribuyó al progreso cultural del país y a la difusión de las Luces, aunque también hubo sombras que entorpecieron el camino reformador, pues no siempre coincidieron las medidas gubernamentales con las ideas de los ilustrados.

Se pusieron en marcha programas para fomentar actividades tanto públicas como privadas, facilitándose la impresión, edición y distribución de libros, muchos de ellos extranjeros. Se fomentó el teatro como medio pedagógico, las tertulias en domicilios privados donde se discutía sobre Historia o Lengua, dieron lugar a Reales Academias desde donde se pudo realizar una gran labor cultural. El intercambio de estudiantes entre España y Europa potenció las transferencias culturales y la creencia en la educación como motor de progreso. Su expansión y fomento en todos los niveles fue una de las directrices fundamentales del reinado y uno de los principales agentes de difusión del pensamiento ilustrado, a pesar de ser aún una educación basada en diferencias estamentales y de género y de la fuerte competencia del púlpito. Se acometió un importante plan de escolarización mediante una red de escuelas primarias por todo el país con el claro objetivo de disminuir la alta tasa de analfabetismo, mejorando la instrucción en las distintas etapas educativas a través de la introducción de disciplinas modernas y la renovación de métodos pedagógicos, con especial atención en la enseñanza secundaria y en las academias militares. El concepto de educación como servicio público y utilitarista se tradujo en escuelas de formación profesional para formar trabajadores cualificados que pudieran llegar a alcanzar un nivel económico medio. Tras la expulsión de los jesuitas, se emprendió una reforma de universidades y colegios mayores que no siempre fue exitosa, pero provocó el nacimiento de instituciones educativas y científicas alternativas.

Se abrió la puerta a una prensa periódica cada vez más crítica, entre la que puede citarse *El Pensador*, *El Cajón de Sastre*, *El Censor*, o *La Pensadora Gaditana*. El periodismo de opinión se convirtió en el escaparate donde se reflejaba el país en temas tan dispares como economía, educación, la situación de las mujeres, los matrimonios de conveniencia, la exaltación del trabajo, etc., pero la punta de lanza de los logros ilustrados son las Sociedades Económicas de Amigos del País. Estas asociaciones públicas y socialmente abiertas para los miembros del estado llano, mostraron su capacidad para favorecer el desarrollo cultural y económico de su entorno y fueron un elemento clave para la acción política de los gobiernos reformistas. Cada individuo gozaba de libertad para emitir sus opiniones y ser escuchado, permitiendo el desarrollo de una nueva sociabilidad y de un nuevo medio de reclutamiento de una clase política involucrada en lograr sus objetivos. En el seno de estas sociedades genuinamente españolas tuvieron un lugar destacado autores de tanta trascendencia como Gaspar Melchor de Jovellanos, cuyas obras están llenas de propuestas prácticas para la sociedad de su tiempo.

El fomento de las expediciones científicas como la llevada a cabo por José Celestino Mutis también tiene una pretensión de utilidad pública que revierta en el crecimiento de la nación. Se potencia el estudio de la Geografía, Astronomía y Náutica, ligados al ámbito militar pero también al perfeccionamiento de las cartas de navegación que permitan mejorar las actividades comerciales. La Ciencia en general hizo gala de superación de ciertos lastres reaccionarios y contó con el apoyo real para limitar la autoridad de la Inquisición.

¿FUE CARLOS III EL MEJOR ALCALDE DE MADRID?

La decisión de Felipe II de trasladar la Corte a Madrid en 1561 traerá con el tiempo importantes consecuencias, en primer lugar un considerable aumento de población, hasta el punto de convertirse en la ciudad con más habitantes de España. Sin embargo los Austrias no remodelaron el urbanismo de la capital del Imperio, que tenía como centro neurálgico el Alcázar y a cuyo alrededor fueron configurándose calles tortuosas y estrechas salpicadas de edificios religiosos y carente de todo tipo de política sanitaria. Fernán Núñez, el primer biógrafo de Carlos III afirmó que el aspecto y el olor de la villa y corte horrorizó a la pareja real cuando llegó a Madrid a finales de 1759: la ciudad era insalubre, sucia y fea, en absoluto acorde con la imagen que debía ofrecer la capital del mayor imperio ultramarino del mundo. El nuevo rey comenzó enseguida un programa de reformas para equipararla a otras ciudades europeas, hasta dejarla irreconocible al final de su reinado. Gran parte de los edificios y ornamentos construidos en esta época dieron en buena medida a Madrid la imagen que mantiene hoy en día. Es incuestionable que hay un antes y un después de Carlos III en la capital de España.

Se emprendieron obras para mejorar las conducciones de agua, el alumbrado público, el empedrado de calles, recogida de basuras, traslado de los cementerios fuera de las iglesias... Todo ello motivó las protestas de los contribuyentes puesto que afectaban a sus bolsillos. Estaban *“anclados en infantiles torpezas”* según manifestó el propio rey, convencido de que daban sentido al principio de *“gobernar para el pueblo, pero sin el pueblo”*, característico del despotismo ilustrado. Los madrileños culpaban a Esquilache, aunque éste no era el único responsable, pues las reformas estaban apoyadas por el fiscal del Consejo de Castilla, Campomanes, y por Grimaldi, otro extranjero en el gobierno, aunque no tan impopular como el primero.

En gran medida, el espectacular cambio se debe al magnífico trabajo del italiano Francesco Sabatini, quien mejor expresó arquitectónicamente el espíritu racional de la Ilustración y que ya había trabajado anteriormente para el rey en el Palacio de Caserta en Nápoles. Figura clave del neoclásico español, fue llamado a Madrid por Carlos III nada más iniciar su reinado, aunque también realizó importantes obras fuera de la Corte. El hecho de ser nombrado arquitecto mayor del reino, por encima de algunos españoles de gran prestigio, como Ventura Rodríguez o Juan de Villanueva, causó malestar; incluso la emblemática Puerta de Alcalá, realizada entre 1764 y 1778 fue cuestionada por éstos. El arquitecto e historiador Fernando Chueca Goitia afirma que *“es una obra sencillamente excepcional que señalará siempre la gloria de su autor”*.

Era una de las cinco puertas de acceso a la ciudad y tiene la particularidad de ser el primer arco de triunfo construido en Europa desde la caída del Imperio Romano, precedente del de París y de la Puerta de Brandemburgo de Berlín. Ventura Rodríguez y José de Hermosilla presentaron también sus proyectos, pero el rey escogió personalmente el de Sabatini, creador también la desaparecida Puerta de San Vicente (en la actualidad hay una réplica), otro encargo real para decorar la entrada a la ciudad desde el Paseo de la Florida. Eran sin duda una excelente carta de presentación para viajeros y visitantes. Sabatini sustituyó a otro italiano, Sacchetti, en las obras del Palacio Real de Madrid, (Carlos III fue el primer monarca que lo habitó), y trazó también sus jardines. Diseñó la Real Casa de la Aduana, actual sede del Ministerio de Hacienda (1761-1769), la Puerta Real del Jardín Botánico, (1774-1781), la Casa de los Secretarios de Estado y de Despacho, también conocida como Palacio del Marqués de Grimaldi y posteriormente de Godoy, o la fachada de San Francisco el Grande, entre otros. Remodeló también la Cuesta de San Vicente y creó unas *“Instrucciones de alcantarillado, empedrado y limpieza de la Corte”* para el saneamiento de la ciudad entre 1761-1765, que contemplaban la instalación de un pozo séptico por casa, conducciones interiores para las aguas residuales, canalones para recoger la lluvia y construcción de aceras en las calles.

El abastecimiento de agua fue un problema no resuelto hasta bien entrado el siglo XIX; excepto en los conventos o palacios que contaban con pozo propio, el suministro se realizaba a través de fuentes públicas a

las que llegaba el agua de seis viajes y varias galerías colectivas. Era frecuente ver mujeres ofreciendo agua de sus cántaros a los viandantes o transportándola a las viviendas. Otro reto era la iluminación, muy escasa o nula a pesar de que las ordenanzas municipales obligaban a los vecinos a colocar faroles en ciertas fachadas, pero eran sistemáticamente incumplidas y solo había tenues lamparillas ante imágenes sagradas. Al amparo de la noche, eran constantes los asaltos y otros hechos delictivos practicados por embozados. Por iniciativa real, el día de Santa Teresa del año 1765 se encendieron por primera vez 4408 velas de sebo en faroles de cristal sobre palomillas de hierro que iluminarían las calles desde el toque de oración hasta la medianoche, instalándose a doce pies de alto y sobresaliendo vara y media de la pared. Fue lo primero que destrozaron los encolerizados madrileños durante el motín de Esquilache, acontecimiento causó tan fuerte impacto emocional al rey, que durante los meses que pasó recluido en Aranjuez llegó a plantearse la posibilidad de trasladar la Corte. Nunca olvidó la humillación que para él supuso verse obligado a comparecer ante el pueblo desde uno de los balcones de palacio y prometer aceptar sus demandas, aunque a la postre sólo se cumplieron a medias.

Tras el destierro de Esquilache y la vuelta del rey a Madrid, fue el conde de Aranda quien le propuso la conveniencia de realizar una obra urbanística y decorativa de gran envergadura que simbolizara la reconciliación del monarca con la ciudad de Madrid. El sentido del deber y de la utilidad política eran rasgos que acompañaron siempre a Carlos III, por lo que finalmente la propuesta de Aranda quedó plasmada en el Gran Salón del Prado, amplio eje organizado en torno a tres fuentes: la de Cibeles, diseñada por Francisco Gutiérrez, que incluye por primera vez el uso de elementos mitológicos para el ornamento urbano madrileño; La de Apolo, la menos conocida, obra de Ventura Rodríguez que sigue los pasos del academicismo italiano, y la de Neptuno, también de inspiración mitológica, de Juan Pascual de Mena.

En uno de los flancos del Salón del Prado se levantó uno de los edificios más importantes, cuyo proyecto fue encargado a Juan de Villanueva en 1785. Se trataba del Gabinete de Ciencias e Historia Natural y Academia de Ciencias, obra impulsada por el conde de Floridablanca y actual sede del Museo del Prado. El edificio formaba parte de un gran complejo que incluía el Observatorio Astronómico (origen de la famosa frase “de Madrid al cielo”) y el Jardín Botánico, todo ello encuadrado por los jardines del Buen Retiro, que incluían el palacio levantado por Felipe IV. La amplia avenida configurada por los Paseos del Prado y Recoletos se convirtió en lugar de reunión, lucimiento y esparcimiento de la nobleza y burguesía madrileña, escenario donde ver y ser visto y donde se practicaba el “chichisbeo”, palabra de origen italiano que hace referencia al arte de cortejar a las damas de la alta sociedad. Se construyeron otros dos paseos de circunvalación, el de la Florida y el de las Delicias.

Se puede afirmar que ni antes ni después, ningún monarca llevó a cabo un programa conjunto de embellecimiento, ordenación y saneamiento urbano como Carlos III. Desde este punto de vista, tuvo bien merecida la fama de mejor alcalde que ha trascendido hasta nuestros días. Sin embargo, no deja de ser también cierto que respondía a un proyecto político y propagandístico, ya que jamás sintió un especial afecto por la ciudad donde falleció su querida esposa María Amalia a los pocos meses de su llegada, ni por sus habitantes, de quienes jamás volvió a fiarse desde los sucesos de 1766.

BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ, ROBERTO: "El monarca mesurado", *La aventura de la historia nº 204*, pp.58-61, 2016.
- FERNÁNDEZ, ROBERTO: *Carlos III. Un monarca reformista*. Espasa. 2016.
- FRANCO, GLORIA. "La España ilustrada", *La aventura de la historia nº 204*, pp.75-77, 2016.
- VIDAL, JOSEP JUAN; MARTINEZ RUIZ, ENRIQUE: *Política interior y exterior de los Borbones*. Istmo. 2001.

SITOGRAFÍA

- Documental "Carlos III, inventor de Madrid". UNED Documentos. Recuperado de: <https://www.google.es/search?q=Carlos+III%2C+inventor+de+Madrid&oq=Carlos+&aqs=chrome.0.69i59l3j69i57j69i61l2.15185j0j7&sourceid=chrome&ie=UTF-8>
- Documental "Carlos III. Luces y sombras del reformismo ilustrado". Memoria de España RTVE. Recuperado de: <http://www.rtve.es/alacarta/videos/memoria-de-espana/memoria-espana-carlos-iii-luces-sombras-del-reformismo-ilustrado/3283927/>